

Entrevista a Rikardo Arregi o el frágil equilibrio entre decir, no decir y repetirse

MIKEL AYERBE

Euskal Herriko Unibertsitatea
mikel.ayerbe@ehu.es

La poesía de Rikardo Arregi está construida tanto de palabras como de silencios. Su último libro lo constata. Bitan esan beharra (Alberdania, 2012) aparece tras 14 años sin publicar y obtiene el Premio de la Crítica, además del Premio Lauaxeta de Poesía. Recientemente se ha publicado la traducción al castellano, bajo el título Debe decirse dos veces (Salto de página, 2014), de la mano del poeta y traductor Ángel Erro. La trayectoria poética de Arregi comenzó en 1993 con el libro de poemas Hari hauskorak (Frágiles hilos; Premio de la Crítica) y en 1998 publicó Kartografía, también galardonado con el Premio de la Crítica. En el 2000 vio la luz la traducción al español de Gerardo Markuleta, Cartografía (Bassarai, 2000).

Arregi actualmente se encuentra inmerso en la traducción al euskara de los poemas de Jorge de Sena, y ha traducido también a poetas como Wysława Szymborska (junto con Kirmen Uribe), Sophia de Melo, Dennis Cooper, Roberto Alt y Ernestina de Champourcín, entre otros. Admite que los poetas suelen ser, sin generalizar, buenos traductores de poesía: «Intentar decir con mis palabras cosas que están escritas en otro idioma que no es el mío es un ejercicio que me gusta; traducir no es como escribir poemas, pero tiene su punto de interés, en ese empeño de decir las cosas que ha dicho otro con mis propias palabras». Sin embargo, confiesa sentirse «incómodo» traduciéndose a sí mismo, sólo ha recurrido a la autotraducción en contadas ocasiones; «en alguna que otra urgencia». Por eso, a la hora de traducir sus poemarios, ha optado por recurrir a amigos poetas, tanto a Gerardo Markuleta en Cartografía como a Ángel Erro en Debe decirse dos veces. «Que exista una relación de amistad entre el autor y el traductor siempre ayuda, porque en ese proceso continuo de la traducción hay más opciones para dialogar, matizar, dar explicaciones, hablar sobre el original...».

El tercer poemario que has publicado se titula *Debe decirse dos veces*. ¿De dónde surge ese título y en qué medida anticipa lo que el lector se puede encontrar?

Al principio pensé en algún título relacionado con el número tres (*Triángulo, Tres libros...*), pero al final desistí y opté por parafrasear y llevar al título una cita del poeta

americano Billy Collins. La primera estrofa de la elegía «Blues» dice: «Much of what is said here / must be said twice, / a reminder that no one / takes an immediate interest in the pain of others»; de la misma manera que en el *blues* todo se ha de repetir dos veces. La fuerza que emana de ese afán de insistencia, junto con la importancia de repetir las cosas dos veces me pareció muy sugerente e impactante porque habla del dolor. Por otro lado, la cuestión del “decir”, la literatura entendida como “decir cosas, decir el mundo” es una cuestión que me interesa mucho.

Quizá también porque la tarea del poeta es seguir diciendo aunque todo esté dicho y la escritura no es más que reescritura...

La poesía, y la literatura en general, la concibo como una tensión entre “decir/escribir” y “no decir/no escribir” y es por ello que el segundo poema concluye diciendo: «Lo que no digo es justo lo que digo». Desde el momento en que eliges decir unas cosas, estás eligiendo no decir otras. Cuando uno empieza a escribir de una determinada manera, existe ya una elección, y la elección de esas palabras o de esa historia o de esa situación te va a llevar a decir ciertas cosas y no decir otras. Además existe la elección de cómo estás diciendo eso que vas a decir. A esa tensión de decir y no decir hay que sumarle el cómo se dice lo que se dice, de qué forma.

El libro se estructura en tres apartados dedicados el primero a la vida y el arte, el segundo, a poemas de amor, más o menos y el último a la muerte. En los dos últimos el tema central, en cierta manera, está muy delimitado; sin embargo, en el titulado *Vida=Arte* las perspectivas y las fronteras temáticas parece que se difuminan.

Me decanté por el signo matemático igual, porque indica una igualdad exacta entre la “Vida” y el “Arte”, evitando así formulas tales como “la vida es arte” o “la vida como arte”. Por un lado, es un poco retomar la visión de los *dandys*, de la decadencia de finales del XIX y comienzos del XX, ya que para algunos la finalidad en la vida no era crear una obra maestra sino hacer de la vida un arte. Es una visión heredada del romanticismo, pero a su vez, la importancia del arte de vivir se encuentra también en clásicos griegos y romanos, en los estoicos y los epicúreos... Todo se reduce a la cuestión de cómo vivir. Szymborska, en el poema «El ocaso del siglo», también se pregunta «cómo vivir»; y mi respuesta es “hay que vivir como si la vida fuese un arte”. Y al mismo tiempo, el arte igual a vida muestra otra igualdad por la cual el arte tiene que estar vivo y debe haber una implicación, no digo compromiso, pero si una implicación del arte en la vida. Si es pura estética o puro esteticismo no tiene ninguna relación con la vida, y yo creo que una cosa debe compensar la otra.

Hablemos del arte de la poesía como género literario.

La poesía, junto con el teatro, es el género literario que más tradición tiene. Entre la tensión de decir y cómo decir, yo elijo decirlo por medio de este género literario tan rancio y tan raro, y tan antiguo, y con tantos caminos. Como género literario me sirve y lo utilizo. La poesía es un género literario enorme, tiene tantas tradiciones y tan diferentes, que puedo elegir tanto a Homero, como a Gabriel Aresti o los The Smiths.

Asimismo, la poesía a veces se ciñe a cosas o pensamientos o sensaciones muy básicas, como por ejemplo, “me gusta este paisaje”, “siento no sé qué por tal o por cual”... y es muy tópica. Porque todo el mundo que ha estado delante del mar exclama en algún momento “¡Qué bonito!”, y muchas veces la poesía viene a decir eso mismo, que “¡Qué bonito!”, pero claro, ¿cómo dices eso mismo con la poesía?, cómo decir “¡Qué bonito!”, o “Te quiero”, o “Me pones”, o “Te deseo”, o “Me pones cerdo”... ¿Cómo dices eso que quieres decir? Hay una infinidad de formas; ¿Cómo hacer poemas de amor hoy en día? Pero al mismo tiempo, la poesía también tiene ese enganche, porque al final si lees con atención, alguien te está diciendo algo, una cosa, pensamiento o sensación sobre la que tienes toda la experiencia del mundo de alguna forma, y entonces te atrapa.

En el segundo apartado, *Poemas de amor, más o menos*, has incluido 47 poemas que de algún modo hablan del amor entre los hombres. ¿De dónde surge esa tenacidad para sumar tantos poemas, más o menos de amor?

En un momento dado me di cuenta de que entre los poemas acabados había muchos sobre el tema del amor, y empecé a ponerlos todos juntos; y al mismo tiempo me daba cuenta de que muchos de los poemas inacabados que tenía entre manos también tenían que ver con ese tema. Fue entonces cuando comencé a leer, a documentarme leyendo libros que analizan los diferentes tipos de poesía de amor que ha sido escrita y me leí esos poemas para analizar esa tradición.

Cuando acumulé un número significativo de poemas, vino el momento de la composición para el libro e hice cambios de orden para que fuese más variado: se intercalan los poemas largos con los cortos, poemas que recuperan e intentan actualizar, la forma de hacer de los trovadores provenzales con otros donde se recurre a la música pop, por ejemplo.

Y sin embargo, existe un orden, ya que mucho antes de ponerme con la composición sabía cuál iba a ser el último poema de amor más o menos, que a su vez tiene relación con el decir y no decir. El poema «XLVII» dice así: «Estar ahora escribiéndote poemas, / trayéndote a estos papeles, citándote / una y otra vez, incesantemente / sólo habla de que no estás aquí, / exclusivamente dice tu ausencia». Ya que una de las características de la poesía provenzal, y de mucha poesía amorosa, es que en el momento que estás nombrando a alguien en un poema estás señalando que esa persona amada no está presente. De esa manera, se remarca la inutilidad de estar escribiendo a la persona amada, ausente, tan típica en la poesía amorosa, porque escribir es un ejercicio solitario, aun evocando a la persona amada. Esa tensión ausencia-presencia también me parece estimulante.

Hace algún tiempo criticabas que «Todavía dependemos del romanticismo o del post-romanticismo. Es difícil hablar sobre el amor, sobre los afectos o sobre lo que sea fuera de ese paradigma». Y parece ser que es justamente eso lo que intentas criticar y demostrar con estos poemas de amor, más o menos: que se puede “decir” y “vivir” el amor más allá de dichos paradigmas.

Es verdad que he intentado hacer un repaso a la, digamos, genealogía de la poesía amorosa, y que existe una exploración, que no está ni mucho menos agotada, con un compendio de poemas sobre ese mismo tema. Y para ello, es imprescindible indagar en la

tradición y repasar cómo han sido los poemas de amor, algunos de los poemas de amor, porque otro tipo de poemas ya sabemos cómo son... Me ha interesado sobre todo la tradición de la poesía amorosa antes del romanticismo histórico, por eso hay una recurrencia a la poesía trovadoresca, que tiene del amor una concepción distinta de la romántica. Hacer una imitación o parodia de la poesía trovadoresca me parece divertido e interesante; sin embargo, con el amor romántico-clásico, me aburriría un poco. Y es que ese amor que nos venden desde los tiempos del romanticismo y el post-romanticismo es una falacia, es falso. Además, el amor romántico está muy incrustado en nuestra mentalidad, en la sociedad, en la cultura actual, y se ha convertido en una losa, en una piedra. Lo único que podemos hacer es erosionar un poco el cómo concebimos en la actualidad toda esa herencia del amor romántico. Muchas canciones pop son el culmen de este tipo de poesía amorosa romántica y también me han servido en esa indagación y ensayo de crítica.

Porque en cierta medida, el amor es también un componente para vivir la vida como arte, el arte de amar.

Por eso mismo ese modo romántico de amar y vivir que intento criticar contrasta con la primera parte del poemario: de ese modo es imposible vivir algo con arte. El poeta Iñigo Aranbarri me decía que en mi poesía se repite muchas veces la palabra “dotore” (elegante), que también tiene ese tono esteticista si se quiere, pero que él entendía más como *dignidad* que como *elegancia*. Eso me gustó porque la noción de dignidad es necesaria para vivir la vida con arte. Vivir elegantemente, pero vivir dignamente. Jorge de Sena habla de fidelidad a uno mismo y al mundo, que es un concepto equivalente, digamos. Y ante esa roca inmensa que es el amor romántico, puede por lo menos ser una opción.

En cambio, el tercer apartado titulado *Requiem* se centra en la idea de la muerte y en el poema «Sin arte» recalcas que «Vivir, eso sí que es un arte, / y también amar, por supuesto; / pero la muerte no será / jamás un arte o un artista».

Con el tema de la muerte y los muertos muchas veces se tiende a hacer algo majestuoso. En la historia de la literatura se han escrito infinidad de poemas sobre la muerte, tantos, que existe el subgénero lírico de la elegía para indicar los poemas sobre la muerte. Ante ese desarrollo tan grande del género y esa tradición, hablar de la muerte también se hace difícil, a todo el mundo le cuesta. Es casi como con el tema del amor; si lo resumimos a sus cuatro letras, a-m-o-r, y todo lo que se genera alrededor de esa palabra, a mí no me gusta tanto, y por eso he añadido el “más o menos” de amor. En cambio, con el tema de la muerte, prefería un título más clásico, en latín, que reuniese una serie de poemas sobre la muerte, que no pretendieran ser ni grandilocuentes ni heroicos, ya que como con el amor, también con la muerte se tiende en exceso al heroísmo.

Sin embargo, en el extenso y antológico poema «La tumba de Luis Cernuda» aprovechas una visita física a su tumba para hacer un sentido homenaje al poeta.

El poema en torno a Luis Cernuda es en parte sobre la muerte porque ahí está la tumba, pero sobre todo es diálogo, casi un alegato poético, con un poeta que me gustó desde el

primer instante que leí y que todavía admiro. Entre todos los libros que nos obligaban a leer en el bachillerato o en la universidad (todo Lorca, de arriba abajo, todo; todo Alberti, de arriba abajo, todo), comencé a leer por mi cuenta a los poetas de aquella generación y llegué a Cernuda. Recuerdo que cuando leía su poema «A un poeta del futuro» fantaseaba con que estuviese hablando de mí y soñaba con ser ese acorde del poeta en otra vida. Y es que leer los poemas de Cernuda me reconcilió con la poesía, con el tipo de escritura que yo quería hacer y deseaba apropiarme de ese modo increíble de hacer las cosas que él tenía: ese género, escribir y pensar de esa manera, utilizar esos parámetros, etc. Eso me lo despertó Cernuda, y el primer libro de Sarrionandia también, y Cavafis, y Eliot, pero en euskera el primero fue Sarrionandia.

En el poema inédito que se publica en este número de *Tintas*, «Museo erromantikoak», recurras otra vez a los motivos románticos, sin evitar el tono irónico y la importancia de los detalles tan propios de tu estilo poético.

Como período histórico, esa época me interesa, pero al mismo tiempo soy consciente de los sucesos históricos de aquellos tiempos. Muchas veces cuando hablamos del pasado hay tendencia a la idealización y yo creo que hacer idealizaciones es algo horroroso y horrible. Además, no merece la pena, porque actualmente el conocimiento sobre el pasado es suficiente para saber que no se puede idealizar ningún período histórico; y aunque a alguien le interese mucho Grecia, Roma, el Romanticismo o la prehistoria, es muy arriesgado hacer idealizaciones, a los vascos les interesa mucho la prehistoria, por cierto. Se puede apreciar, admirar, curiosear, extrañarse de lo que se pensaba sobre determinadas cosas, pero sin idealizar, por favor.

En cierto modo, lo que puedo sentir es quizás encantamiento con ese lugar, el museo romántico, el edificio y todas aquellas cosas que se muestran en él y lo que representa en un momento dado, la cultura, la forma de pensar, el cambio de mentalidad, reflexionar sobre las ideas que nacieron en esa época, el fin del antiguo régimen, las revoluciones... Es algo inevitable, sentir un encantamiento de todo ello, pero encantamiento en la medida justa, ya que al mismo tiempo tiene que haber a la fuerza un desencantamiento, ya que también soy consciente de lo terrible que eran determinadas cosas para la gente que vivió en esa época, y que algunas han perdurado hasta hoy, como por ejemplo, las nociones del amor romántico. Al fin y la cabo la poesía da cuenta, en mi caso, de un cierto encantamiento con el mundo, y también del irremediable desencantamiento que se produce inmediatamente. Por cierto, hay varios museos en ese poema, pero el principal es el dedicado a Adam Mickiewicz en Varsovia.

